

El mundo encantado de mi cuarto.

Ya pasaron dos meses desde que no puedo salir de casa. Mamá y papá no me dejan porque dicen que hay un bichito que hace que la gente se enferme, así que estuvimos encerrados en casa. Ese día cumplía los 10 años y me puse triste porque no podían venir mis amigos, pero papá organizó muchos juegos y mamá me hizo mi torta favorita, de frutilla con dulce de leche. Fue un día muy divertido, pero cuando me quedé dormida una discusión de mis papás me despertó.

Se habían acostumbrado a esperar a que durmiera o estuviera en mi cuarto para pelear. Esta vez fue por las frutillas que había comprado mamá para la torta, porque no estaban en “temporada”, aunque no estoy muy segura de que significa. Pero pelean por puras tonterías. Por alguna razón los adultos son muy complicados. Entonces agarre a mi conejo gris de lana que me regaló mi abuela y lo mire fijo.

- ¿Por qué pelean tanto Orejas? - Pero obvio no respondió.

Como no contesto me volví a acostar, lo abracé y me dormí. A la mañana siguiente mamá me levantó a la 8:00 am, me dio mi leche con medialunas y después me dejó al frente de la computadora en donde estaba haciendo una videollamada con la señorita Maggie y todo mi curso. Algunos me desearon feliz cumpleaños igual que mi maestra quien después de eso siguió con la clase. Estábamos estudiando la clasificación de palabras en grave, aguda y esdrújula. Después nos dejó una tarea para el próximo lunes y cuando terminé cerré la computadora y volví con mi mamá que me preguntó como estuvo mi clase y me dio el consejo de separar las palabras en sílabas con palmadas, es un truco muy divertido y funciona bien. Después fui a mi cuarto de nuevo y me puse a jugar con mis muñecas, pero me detuve cuando volví a escuchar otra discusión. “¿Qué acaso papá no debía ir a trabajar?”. Pensé.

-Te pedí que compraras leche cuando saliste. ¿por qué no lo hiciste? - Le reclamó mamá.

-La leche está muy cara, no iba a gastar \$70 en un sachet, me parece una barbaridad. - Le contestó.

- ¿Entonces que le doy de merendar a tu hija? - Preguntó alzando la voz.

-Olivia podría acostumbrarse al mate cocido. - Le contestó con el mismo tono de voz.

Eso fue suficiente para mí, así que volví a mi cuarto. Agarré nuevamente mi peluche y le dije: -Ojalá un día dejen de pelear, Orejas. - Entonces el muñeco me miro y por primera vez contestó. -Estoy seguro de que un día van a dejar de pelear. Hasta entonces, vos y yo nos vamos a divertir mucho. - Me dijo. - ¿Cómo? - Pregunté.

-Vamos a jugar a lo que vos quieras. - Dijo saltando de mis manos, acercándose a mi cama.

- ¿Sabías que podemos ir a otro lado sin salir de tu cuarto? - Me preguntó Orejas levantando la parte de las colchas que se arrastraban en el suelo.

- ¿En serio? - Le pregunté muy curiosa. Realmente quería salir, estaba cansada, en casa me aburría.

En ese momento mi muñeco se metió debajo de mi cama y me hizo una seña con la patita para que lo siguiera. Entonces me arrastre por el suelo. Avanzaba por un largo camino muy oscuro, mientras llamaba a mi peluche. “Orejas, ¿dónde estás?”. Pero no me escuchaba, tampoco lo veía cerca y de repente, mi mano dejó de tocar el suelo. Esperaba sentir el golpe del frío suelo, pero no llego. Estaba como flotando, pero hacia abajo. Mientras bajaba veía estrellas y un nuevo suelo gris, algo extraño. Abajo me esperaba Orejas saludándome con su esponjosa patita. Cuando llegue a pisar el suelo mi ropa se convirtió en un bonito vestido lila, mi color favorito. Y no hacía frío como en casa, parecía verano.

- ¿Dónde estamos Orejas? - Pregunté.

-Estamos en tu mundo, vos podés nombrarlo como quieras y hacer lo que quieras acá. - Entonces pensé muy bien en como quería llamarlo.

-Pero ¿por qué esta tan gris? ¿No vive nadie acá? - Le pregunte antes de nombrarlo.

-Si vos quieres puede vivir alguien acá. El límite de este mundo es tu imaginación. -

-Entonces, ¿si quiero que haya césped? - En ese momento, bajo mis pies crecieron pequeñas plantas de un hermoso color verde que hacía cosquillas en mis pies descalzos. -Y, ¿flores? - Y también crecieron. Todas hermosas y de todos los colores. - Y, ¿animalitos? - Y de los arbustos que habían aparecido salieron ciervos, conejos, zorros y de más.

-Te lo dije. Todo lo que vos imagines, este mundo lo va a hacer realidad. - Me dijo Orejas.

-Ya sé cómo voy a llamar este lugar. -

- ¿Cómo? - Me preguntó Orejas y parecía como todos los animales me prestaban atención.

-El mundo encantado de mi cuarto. - Hablé segura.

-Que hermoso nombre. - Escuche detrás de mí. Pero no vi a nadie, así que alce mi cabeza un poco y pude ver como una

estrella estaba... ¿hablando?

-Hola. - Le saludé.

-Hola. - Me contestó. Veía como cada vez que hablaba su luz aumentaba su intensidad.

- ¿Quién sos? - Le pregunté, sin miedo a que se enojara conmigo.

-Mi nombre es Alpheratz. Soy una de las estrellas que forman la constelación Andrómeda. - Me contestó.

- ¿Cómo es que hablas? - Volví a preguntar.

-Solo lo hago, de hecho, todas lo hacemos. Solo hay que escuchar atentos. - Me contestó. Asentí como una señal de comprensión.

- ¿Te gusta el mundo que cree para vos? - Me preguntó esta vez ella.

- ¿Lo hiciste vos para mí? - Le volví a preguntar.

-Sí, yo soy tu estrella guardiana y te vi muy triste allá arriba. Así que te hice este mundo y mandé a Orejas a buscarte.

- -No sabía que tenía una estrella guardiana. - Confesé.

-Todos tienen una y solo las personas especiales como vos las llegan a conocer. -

Entendí y después de hablar con ella corrí y jugué con los animalitos y con Orejas. Mientras, Alpheratz, nos miraba de cerca. Quería seguir jugando hasta que escuché como mi mamá me llamaba. "Olivia, Olivia vení que vamos a almorzar". Entonces cerré mis ojos, y cuando los abrí volví a estar en mi cuarto, ni siquiera estaba bajo la cama.

En la mesa, les conté a mis papás y, como era de esperarse, no entendieron, porque son adultos y nunca entienden nada. Después de ese día volví al mundo encantado de mi cuarto. Pasaba la mayor parte de mi tiempo ahí y por eso mis papás peleaban más y más seguido. Un día escuché a mi mamá decir que estaba harta de todo, se cansó de mi papá y de ser la única que se encargaba de mí sin que él hiciera nada. Ese día me fui con Orejas al mundo encantado de mi cuarto, sin la intención de volver a casa.

-No está bien que te quedes en este mundo, Olivia. - Me dijo Orejas.

-Yo me quiero quedar. - Dije llorando. -Acá nadie pelea y nadie se odia. No me quiero ir. -

-No perteneces acá. - Me volvió a decir Orejas.

-Este es mi mundo, yo puedo hacer lo que quiera acá. - Le dije enojada, entonces sentí como la tierra tembló y vi como las plantas se caían y se ponían grises.

-Si vos te quedas vas a dejar a tu familia atrás. Tienes cosas que resolver allá arriba. Es importante saber a dónde perteneces, Olivia. - me habló Alpheratz. - A nosotros siempre nos vas a tener, y cuando estés mal de nuevo este mundo te va a salvar siempre. Pero, hoy,

tenés que volver a casa y apoyar a tu familia. -

Entonces lo volví a escuchar. "Olivia, Olivia ¿dónde estás?".

-No me quiero ir, no los quiero olvidar. - Dije aun llorando.

-Todo lo que empieza tiene un fin, pero este no es nuestro fin. Vas a volver a tu mundo. - Dijo la estrella y luego parpadeó para aparecer en mi cama nuevamente.

Entonces vi a mamá, preocupada se acercó a mí. Traté de explicarle porque lloraba, pero no podía, de repente apareció un hipo que no me dejaba hablar. Solo pude decir: "Pelean mucho y no me gusta". Poco después escuché a mi papá entrar a casa y como corría a mi cuarto. "Tengo nuevo trabajo". Gritó y vi como mamá saltaba y lo abrazaba feliz.

-Entonces ¿ya no van a pelear más? - Pregunté.

-Es normal que las parejas peleen Olivia, es porque nos preocupamos por mantener en pie esta familia. Pero las cosas ahora van a cambiar, y te prometemos que no vas a volver a sufrir por nosotros. - Me explicó mi mamá para después abrazarme con fuerza junto con mi papá y entendí que, al final, la "cuarentena" de alguna forma nos unió un poco más.